

Rodríguez Gutiérrez, Milena (ed. e intr.). *Casa en que nunca he sido extraña: Las poetas hispanoamericanas: identidades, feminismos, poéticas (Siglos XIX-XXI)*. New York: Peter Lang, 2017, XXII + 350 páginas.

*Casa en que nunca he sido extraña* recuerda a los *readers* a que nos tienen acostumbradas las editoriales académicas del mejor estilo anglosajón, debido a la variedad de los temas tratados por verdaderas expertas, la hondura de sus análisis, la brevedad, el valor de sus aportaciones, las referencias cruzadas entre las mismas autoras que firman estos estudios y las bien nutridas referencias bibliográficas que acompañan a cada uno de ellos. Todo ello da fe del grado de especialización y de sinergia que han alcanzado sus artífices. No puedo dejar de imaginarme sus páginas llenas de anotaciones en los márgenes y subrayadas sus líneas con los colores que cada lector ha escogido para diferenciar su lectura de la de otro estudiante o académico, en el intento de reservar para sí aquellas palabras o frases que les son especialmente útiles para sus propósitos. Y es que este no solo es un magnífico material de consulta para el lector interesado en el análisis con perspectiva de género, de la poesía latinoamericana escrita por mujeres, sino un libro con el que cualquier persona puede informarse también sobre sus más actuales (y no tan recientes) tendencias.

“Casa en que nunca he sido extraña”, además de palabras de la poeta cubana Fina García-Marruz que dan título a esta útil edición realizada por Milena Rodríguez Gutiérrez, parece avanzar la metaconclusión a la que se arriba tras recorrer palmo a palmo cada una de las reflexiones críticas de las ensayistas que la integran: la demostración de que las mujeres en tanto sujetos creadores no solo han luchado y luchan por ocupar un espacio propio dentro de sus respectivas nóminas nacionales y tomado parte activa “en el *imagining* de naci[ones]-en-ciernes” como la cubana en el siglo XIX (Campuzano: 3), sino que, andando el tiempo, muchas veces contestan el paradigma de *lo nacional* y encuentran en las posibilidades infinitas que les brinda el discurso literario ese lugar que la tradición masculina les ha negado históricamente.

Se advierte al lector que este libro tiene incorporado un dispositivo de ajuste del campo de visión parecido a la herramienta *zoom* de algunos programas informáticos, pues hay trabajos que ponen el foco de la atención, por un lado, en la poesía escrita por mujeres de un determinado contexto nacional, aunque difícilmente separable de lo continental e, incluso, de lo trasatlántico o bien, por otro, en la escala reducida del poema de una sola escritora, que es capaz de explicarse en una especie de autarquía, que es, sin embargo, ilusoria en tanto el resto de ensayos de este mismo libro sirven de telón de fondo y “escorzo” — parafraseando a Naín Nómez— que lo re-sitúan paradójicamente en la particular

cartografía discursiva que dibujan sobre su superficie (si la imagináramos) las fisuras, las grietas, las sacudidas, los pliegues, las costuras, los agujeros, los “desplazamientos mínimos de subversión” (Moraga-García: 182), “las coordinadas espacio-temporales intensamente opacas” con que brilla cierta poesía (Rodríguez Gutiérrez: 206), “los puntos de encuentro entre el afuera y el adentro” (Puppo: 211), los espacios de encierro, de apertura, de (re)configuración, de revueltas vitales y alzamientos estéticos (Ette: 295), confluencias e, incluso, de fugas, marcadas por la desaparición del verso, o puntos de intermediación, “en los que concurren diversos lenguajes que —según María Ángeles Pérez López— abren los marcos discursivos tradicionales hacia espacios de intersección artística” (160) y, aún más, “indicios de roturas que debieron coserse para que la tela en conjunto no se terminase de destrozar” (Cervera Salinas: 248).

Todos estos son accidentes que la editora de este gran ensayo colectivo sobre poetisas hispanoamericanas, Milena Rodríguez Gutiérrez, ha querido organizar en torno a los tres grandes núcleos temáticos “Identidades”, “Feminismos” y “Poéticas”, más una especie de excedente que en poesía nunca puede faltar: los poemas mismos, porque este volumen saca a la luz múltiples de los infinitos puntos exactos en los que el reino de la poesía *interfiere* con el universo mujer, y pone al descubierto, a contrapelo de la supuesta opacidad del lenguaje poético o acaso por ella misma, la enorme pero cognoscible complejidad de sus voces; porque “[l]a poesía [...] permite formular las preguntas centrales” (Pérez López: 158).

En esa labor arqueológica imprescindible para la reconstrucción de una genealogía propiamente femenina y que estos estudios llevan adelante, en su conjunto, con vocación y rigor académicos, sus autoras proveen en la sección “Identidades”, las claves para revelar y poner en valor las batallas que presentaron las poetisas del siglo XIX en el afán de ganar para sí y sus sucesoras la condición de escritoras, porque fueron ellas las pioneras en acometer el cambio de estatus de la voz lírica, decisivo para la consecución de las aspiraciones feministas más ambiciosas: de objeto del discurso masculino a sujeto de su propio discurso. “Feminismos”, por su parte, es el itinerario que da cuenta de los diferentes caminos en que las poetisas ya empoderadas como tales expresan su agencia autorial, y “Poéticas”, de todas, es quizás la ruta propuesta que mejor revela los vínculos que anudan la conciencia metapoética con la gran metáfora que es en este libro “la casa”, casas borrosas (Rodríguez Gutiérrez: 199), fantasmagóricas, acusadoras de un vacío irreparable (202), casas transgresoras “en la medida en que subvierte[n] la idea convencional de este espacio” (204), casas mortales, casas del tamaño de una isla o de una nación... asociadas a una “poética negadora” (204), a una poética de la insularidad (206); una poética que, habiendo pasado por “la reivindicación de la villanía del canto”, se libera de la radicalidad y convierte al poema “en el lugar en el que la hablante/ sujeto intenta reparar, suturar heridas de la existencia” (Salazar: 234), “para dar cuenta de la propia alteridad” (241), una “poética de lo cotidiano” gracias a la cual “lo transitorio y fugaz es transfigurado como eterno” (Cervera Salinas: 245), porque la poesía, en tanto “belleza necesaria” (247), es muy útil para “recuperar lo perdido” (Rodríguez Gutiérrez: 203), para “alejarse lo que fue una vez” (203), para conjurar “la ausencia de los familiares queridos que se han marchado del país” (204), para “volver” a “lo propio” “muchos años después” de la partida, así sea mediante un ejercicio imaginario (205), para ver cumplido el deseo de

*transvivencia* (Ette: 291), pero también, para “afirmar el misterio y la maravilla de la vida” afín a una ética posantropocéntrica (Haase: 226), para emprender esa “aventura interior” animada por el interés de “escrutar la existencia propia dentro de la moderna (es decir, como captación de la experiencia en un mundo en crisis, sin trascendencia” [Salazar: 233]), para “cicatrizarse” (Cervera Salinas: 248), para “des-ocultar la [propia] verdad” (248); dicho resumidamente: “la salvación por la poesía” (246).

Entre las aportaciones de las tres secciones en su conjunto, destacaría con el mismo orden de importancia y extrapolando las palabras de Brígida M. Pastor sobre la lírica de Gertrudis Gómez de Avellaneda, la existencia de “una tradición literaria femenina occidental y transhistórica” (31), así como de “las complicidades y los vínculos entre las mujeres escritoras” (Puppo: 213), de la que forma parte la “secreta unidad” (Russotto: 185), esa especie de cierre de filas de las *poetisas* “en la lucha” por “afirmar la diferencia y la legitimidad de poéticas discrepantes que se desvían de las tendencias dominantes” (185), y que da fe, a su vez, de la singularidad de la experiencia femenina al tiempo que la legítima (187).

Consciente de las limitaciones que, como sujetos creadores, han tenido y siguen teniendo las mujeres en muchos contextos, su editora incorpora a esta edición en forma de anexo, textos literarios *inéditos* —algo sobre lo que vale la pena insistir— de algunas de “las autoras más relevantes de la poesía contemporánea latinoamericana” (Rodríguez Gutiérrez: XXI). El título de esta gran obra colectiva privilegia la primicia que constituye la publicación de fragmentos de “Pequeñas memorias” de Fina García-Marruz, las cuales permanecen inéditas, por voluntad de la autora y con hondo pesar para sus lectores, más de medio siglo después de haber sido escritas. Su sobrina, Josefina de Diego García-Marruz, nos las comenta ahora, para nuestro deleite, en las páginas finales de este hermoso libro, que su editora también ha concebido como homenaje a la autora de *Las miradas perdidas*.

Zuzel López Baquez  
Universidad de Oviedo  
zuzellb@yahoo.es